



H. P. Lovecraft

La bestia en
la cueva

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA BESTIA EN LA CUEVA

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1918
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en Junio de 1918 en la revista *The Vagrant*, No. 7

La horrible conclusión que se había ido inmiscuyendo poco a poco en mi confusa y reacia mente era ahora una horrible certeza. Estaba perdido, completamente, irremediablemente perdido en el vasto y laberíntico recoveco de la Cueva del Mamut. Por más que me volteara, mi esforzada visión no podía encontrar ningún objeto que me sirviera de guía para seguir el camino. Mi razón ya no podía albergar la más mínima incredulidad en cuanto a que nunca más volvería a contemplar la bendita luz del día, ni a escudriñar las agradables colinas y valles del hermoso mundo exterior. La esperanza había desaparecido. Sin embargo, adoctrinado como estaba por una vida de estudios filosóficos, mi conducta impasible me producía no poca satisfacción, pues aunque había leído con frecuencia sobre los salvajes frenesíes a los que se veían abocadas las víctimas de situaciones similares, yo no experimenté ninguno de ellos, sino que me quedé tranquilo en cuanto me di cuenta claramente de la pérdida de mi orientación.

Tampoco la idea de que probablemente me había desviado más allá de los límites de una búsqueda ordinaria me hizo abandonar la compostura ni siquiera por un momento. Si debía morir, reflexioné, entonces esta terrible pero majestuosa caverna era un sepulcro tan bienvenido como el que podría ofrecer cualquier cementerio, una concepción que llevaba consigo más tranquilidad que desesperación.

Morir de hambre sería mi destino final; de esto estaba seguro. Sabía que algunos se habían vuelto locos en circunstancias como éstas, pero yo sentía que ese final no sería el mío. Mi desastre no era resultado de ninguna culpa, ya que, sin que el guía lo supiera, me había separado del grupo habitual de turistas y, vagando durante más de una hora por las avenidas prohibidas de la cueva, me había encontrado incapaz de seguir los tortuosos caminos que había seguido desde que abandoné a mis compañeros.

Mi antorcha ya había empezado a agotarse; pronto me envolvería la negrura total y casi palpable de las entrañas de la tierra. Mientras permanecía en la luz menguante e inestable, me preguntaba ociosamente sobre las circunstancias exactas de mi próximo fin. Recordé los relatos que había oído sobre la colonia de consumidores que, al instalarse en esta gigantesca gruta para encontrar la salud en el aire aparentemente salubre del mundo subterráneo, con su temperatura constante y uniforme, su aire puro y su tranquila tranquilidad, habían encontrado, en cambio, la muerte en forma extraña y

espantosa. Había visto los tristes restos de sus mal hechas cabañas cuando pasé por ellas con el grupo, y me había preguntado qué influencia antinatural ejercería una larga estancia en esta inmensa y silenciosa caverna sobre alguien tan sano y vigoroso como yo.

Cuando los últimos rayos de mi antorcha se desvanecieron en la oscuridad, resolví no dejar ninguna piedra sin remover, ni descuidar ningún posible medio de escape; así que, haciendo uso de todas las facultades que poseían mis pulmones, empecé a dar una serie de fuertes gritos, con la vana esperanza de atraer la atención del guía con mi clamor. Sin embargo, mientras gritaba, creía en mi corazón que mis gritos eran inútiles, y que mi voz, magnificada y reflejada por las innumerables murallas del negro laberinto que me rodeaba, no caía en otros oídos que los míos.

Sin embargo, mi atención se fijó con un sobresalto cuando me pareció oír el sonido de unos pasos suaves que se acercaban al suelo rocoso de la caverna.

¿Estaba mi liberación a punto de cumplirse tan pronto? ¿Todas mis horribles aprensiones habían sido inútiles, y el guía, habiendo notado mi injustificada ausencia del grupo, seguía mi curso y me buscaba en este laberinto de piedra caliza? Mientras estas alegres preguntas surgían en mi cerebro, estaba a punto de renovar mis gritos, para que mi descubrimiento llegara más pronto, cuando en un instante mi deleite se convirtió en horror al escuchar; porque mi siempre agudo oído, ahora agudizado en mayor grado por el completo silencio de la cueva, llevó a mi entumecido entendimiento el inesperado y espantoso conocimiento de que estas pisadas no eran como las de ningún hombre mortal. En la quietud sobrenatural de esta región subterránea, la pisada del guía con botas habría sonado como una serie de golpes agudos e incisivos. Estos impactos eran suaves y sigilosos, como los de las patas de algún felino. Además, cuando escuché con atención, me pareció rastrear las caídas de cuatro pies en lugar de dos.

Ahora estaba convencido de que con mis propios gritos había despertado y atraído a alguna bestia salvaje, tal vez un puma que se había extraviado accidentalmente dentro de la cueva. Tal vez, consideré, el Todopoderoso había escogido para mí una muerte más rápida y misericordiosa que la del hambre; sin embargo, el instinto de autoconservación, nunca totalmente dormido, se agitó en mi pecho, y aunque escapar del peligro que se avecina-

ba podría evitarme un final más duro y prolongado, decidí, no obstante, entregar mi vida al precio más alto que pudiera conseguir. Por extraño que parezca, mi mente no concebía otra intención por parte del visitante que la de la hostilidad. En consecuencia, me quedé muy tranquilo, con la esperanza de que la bestia desconocida, en ausencia de un sonido que la guiara, perdiera su rumbo como yo, y así pasara de largo. Pero esta esperanza no estaba destinada a realizarse, ya que las extrañas pisadas avanzaban constantemente, pues el animal evidentemente había obtenido mi olor, que en una atmósfera tan absolutamente libre de toda influencia de distracción como es la de la cueva, podía sin duda seguirse a gran distancia.

Viendo, pues, que debía estar armado para la defensa contra un ataque extraño e invisible en la oscuridad, tomé a tientas el mayor de los fragmentos de roca que estaban esparcidos por todas las partes del suelo de la caverna en los alrededores, y agarrando uno en cada mano para su uso inmediato, esperé con resignación el inevitable resultado. Mientras tanto, el horrible golpeteo de las patas se acercaba. Ciertamente, la conducta de la criatura era sumamente extraña. La mayor parte del tiempo, la pisada parecía ser la de un cuadrúpedo, caminando con una singular falta de unísono entre las patas traseras y las delanteras, pero a intervalos breves e infrecuentes me pareció que sólo dos pies estaban involucrados en el proceso de locomoción. Me pregunté qué especie de animal se enfrentaría a mí; debía ser, pensé, alguna desafortunada bestia que había pagado su curiosidad por investigar una de las entradas de la temible gruta con un encierro de por vida en sus interminables recovecos. Sin duda, obtenía como alimento los peces sin ojos, los murciélagos y las ratas de la cueva, así como algunos de los peces ordinarios que son arrastrados en cada afluencia del Río Verde, que se comunica de alguna manera oculta con las aguas de la cueva. Ocupé mi terrible vigilia con grotescas conjeturas sobre la alteración que la vida en la cueva podría haber provocado en la estructura física de la bestia, recordando las horribles apariencias atribuidas por la tradición local a los consumidores que habían muerto tras una larga residencia en la cueva. Entonces recordé con un sobresalto que, incluso si conseguía abatir a mi antagonista, nunca podría contemplar su forma, ya que mi antorcha se había extinguido hacía tiempo y yo no tenía ninguna cerilla. La tensión en mi cerebro se volvió ahora espantosa. Mi imaginación desordenada conjuró formas horribles y temibles de la siniestra oscuridad que me rodeaba, y que en realidad parecía presionar mi cuerpo. Más cerca, más cerca, se acercaban las espantosas pi-

sadas. Parecía que debía dar un grito desgarrador, pero si hubiera sido lo suficientemente irresoluto como para intentar tal cosa, mi voz apenas habría podido responder. Estaba petrificado, clavado en el sitio. Dudaba si mi brazo derecho me permitiría lanzar su misil contra la cosa que se acercaba cuando llegara el momento crucial. Ahora el constante golpeteo de los escalones estaba cerca; ahora muy cerca. Podía oír la respiración agitada del animal y, aterrorizado como estaba, me di cuenta de que debía de venir de una distancia considerable y de que estaba fatigado. De repente, el hechizo se rompió. Mi mano derecha, guiada por mi siempre fiable sentido del oído, lanzó con toda su fuerza el afilado trozo de piedra caliza que contenía, hacia aquel punto de la oscuridad del que emanaban la respiración y el repiqueteo, y, cosa maravillosa de relatar, casi alcanzó su objetivo, pues oí al animal saltar, aterrizando a cierta distancia, donde pareció detenerse.

Habiendo reajustado mi puntería, descargué mi segundo misil, esta vez con mayor eficacia, pues con un torrente de alegría escuché cómo la criatura caía en lo que parecía un completo colapso y evidentemente permanecía tendida e inmóvil. Casi dominado por el gran alivio que me invadió, me tambaleé contra la pared. La respiración continuó, en inhalaciones y expiraciones pesadas y jadeantes, por lo que me di cuenta de que no había hecho más que herir a la criatura. Y ahora cesó todo deseo de examinar esa cosa. Por fin, algo relacionado con el miedo infundado y supersticioso había entrado en mi cerebro, y no me acerqué al cuerpo, ni seguí arrojándole piedras para completar la extinción de su vida. En lugar de ello, corrí a toda velocidad en lo que era, lo más cerca que podía estimar en mi estado frenético, la dirección de la que había venido. De repente oí un sonido, o mejor dicho, una sucesión regular de sonidos. En un instante más, se habían convertido en una serie de chasquidos agudos y metálicos. Esta vez no había duda. Era el guía. Y entonces grité, chillé, grité, incluso chillé de alegría al contemplar en los arcos abovedados de arriba el débil y brillante resplandor que supe que era la luz reflejada de una antorcha que se acercaba. Corrí al encuentro de la llamarada, y antes de que pudiera comprender completamente lo que había ocurrido, estaba tendido en el suelo a los pies del guía, abrazado a sus botas y farfullando, a pesar de mi presumida reserva, de la manera más absurda e idiota, vertiendo mi terrible historia, y al mismo tiempo abrumando a mi auditor con protestas de gratitud. Al final, desperté a algo parecido a mi conciencia normal. El guía había notado mi ausencia a la llegada del grupo a la entrada de la cueva y, gracias a su intuitivo sentido de la

orientación, había procedido a realizar un minucioso sondeo de los pasillos justo delante de donde había hablado conmigo por última vez, localizando mi paradero tras una búsqueda de unas cuatro horas.

Para cuando me hubo contado esto, yo, envalentonado por su linterna y su compañía, comencé a reflexionar sobre la extraña bestia que había herido a poca distancia en la oscuridad, y sugerí que averiguáramos, con la ayuda de la linterna, qué clase de criatura era mi víctima. En consecuencia, volví sobre mis pasos, esta vez con un valor nacido de la compañía, hasta el lugar de mi terrible experiencia. Pronto divisamos un objeto blanco en el suelo, un objeto más blanco incluso que la propia piedra caliza brillante. Avanzando con cautela, lanzamos una jaculatoria simultánea de asombro, pues de todos los monstruos antinaturales que habíamos contemplado en nuestras vidas, éste era el más extraño. Parecía un simio antropoide de grandes proporciones, escapado, tal vez, de alguna feria itinerante. Su pelo era blanco como la nieve, debido sin duda a la acción blanqueadora de una larga existencia en los tenebrosos confines de la cueva, pero también era sorprendentemente delgado, estando de hecho ausente en gran medida, excepto en la cabeza, donde era de tal longitud y abundancia que caía sobre los hombros con considerable profusión. La cara estaba de espaldas a nosotros, ya que la criatura yacía casi directamente sobre ella. La inclinación de las extremidades era muy singular, lo que explicaba, sin embargo, la alternancia en el uso de las mismas que yo había observado antes, por lo que la bestia utilizaba a veces las cuatro y en otras ocasiones sólo dos para avanzar. De las puntas de los dedos de las manos o de los pies se extendían largas garras parecidas a las de las ratas. Las manos o los pies no eran prensiles, hecho que atribuí a la larga residencia en la cueva que, como ya he mencionado, parecía evidente por la blancura omnipresente y casi sobrenatural tan característica de toda la anatomía. No parecía haber cola.

La respiración se había vuelto muy débil, y el guía había sacado su pistola con la evidente intención de despachar a la criatura, cuando un repentino sonido emitido por ésta hizo que el arma quedara inutilizada. El sonido era de una naturaleza difícil de describir. No se parecía a la nota normal de ninguna especie conocida de simio, y me pregunto si esta cualidad antinatural no sería el resultado de un largo silencio continuado y completo, roto por las sensaciones producidas por la llegada de la luz, cosa que la bestia no podía haber visto desde su primera entrada en la cueva. El sonido, que podría

intentar clasificar débilmente como una especie de parloteo de tono profundo, se prolongó débilmente.

De repente, un fugaz espasmo de energía pareció atravesar la estructura de la bestia. Las patas hicieron un movimiento convulsivo y los miembros se contrajeron. Con una sacudida, el cuerpo blanco se volteó de manera que su cara se volvió en nuestra dirección. Por un momento quedé tan impresionado por los ojos que se revelaron que no me fijé en nada más. Eran negros, aquellos ojos, de un profundo negro azabache, en horrible contraste con el pelo y la carne blancos como la nieve. Como los de otros habitantes de la cueva, estaban profundamente hundidos en sus órbitas y carecían por completo de iris. Al mirar más de cerca, vi que estaban colocadas en una cara menos prognata que la del simio medio, e infinitamente menos peluda. La nariz era bastante clara. Mientras contemplábamos el extraño espectáculo que se presentaba a nuestra vista, los gruesos labios se abrieron y de ellos salieron varios sonidos, tras lo cual la cosa se relajó hasta morir.

El guía se agarró a la manga de mi abrigo y tembló tan violentamente que la luz se agitó de forma irregular, proyectando extrañas sombras en movimiento sobre las paredes.

Yo no hice ningún movimiento, sino que me quedé rígido, con los ojos horrorizados fijos en el suelo.

El miedo se fue, y en su lugar se sucedieron la maravilla, el asombro, la compasión y la reverencia, pues los sonidos emitidos por la figura desgarrada que yacía tendida sobre la piedra caliza nos habían revelado la asombrosa verdad. La criatura que había matado, la extraña bestia de la cueva insondable, era, o había sido en algún momento, un HOMBRE.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**